

Bifurcaciones y entrecruzamientos

Señor director:

El incitante trabajo de Jaime Szpilka, “Arqueología o mitología” publicado en el número anterior (55) ha provocado en mí la aspiración de motivar a su autor a futuras entregas a fin de que el subtítulo de “Una introducción” no deje trunca una línea de pensamiento de la que soy seguidor. Es pues la razón dé las interrogantes que planteo.

El autor parte de una antinomia que presenta como una encrucijada de dos sendas teóricas que se bifurcan, puesto que se asientan en diferentes cimientos epistemológicos (positiva y negativa) llevando por ende a lugares distintos (espacio real-biologista versus mitológico). Estos dos modos de pensamiento darían a luz a dos niños, uno real y el otro de ficción, engendrados en la cuna de nuestros textos fundamentales mediante lecturas opuestas.

Según el pensamiento del autor (implícito aunque no explícito) la praxis analítica daría resultados diferentes. (¿?) No deseando forzar una conclusión ni ser infiel a una concepción que me es tan afín, pongo la interrogante entre paréntesis, modo de no soslayarlo a fin de abordar la relación que en nuestra disciplina tiene el tríptico de teoría. praxis-interpretación, para entender mejor el modo en que se sostienen, imbrican y avalan mutuamente.

Pienso que una teoría intenta siempre presentarse a sí misma como una tersa ilación de generalizaciones asentadas sobre una praxis cotidiana coherente. Frente a tal espejismo, la crítica permanente, único modo de discutir sus fundamentos, genera un pánico que es sentido como una amenaza destructiva. Y es ahí que se agazapan contra su defensa determinismos cientificistas intimidatorios, cuya filiación teológica no siempre es fácil descubrir. Monologismos, primaratos, significantes primarios, reclamando jerarquía de

permanencia universal en un devenir histórico fluctuante, de exigencias y rigores también cambiantes y aun mutantes, donde las “constataciones” encubren preferencias bajo la pantalla de hipótesis para que la solidez del sistema no se resienta. Es necesario pues al hablar de teorías referirnos también a su mitología para evitar en la discusión de sus falencias en relación con la praxis, dar nacimiento a otra teoría cuyo cometido sería encubrir tales falencias con otra teoría y así hasta el infinito, generando un linaje cuya filiación arranca de una actitud que niega noticiarse de los mitos. Más aun en una disciplina como la nuestra donde la hermenéutica es una de las bases de la pirámide en que se asienta su epistemología y cuyo material es sustancialmente mítico. Ninguna astucia de la razón podrá encubrir la *evidencia mítica de todo pensamiento* y por ende, ninguna urdimbre teórica puede ocultarlo.

Ambos niños engendrados (el real y el de ficción) son fictos, o sea metáforas, mitos en pequeño. La paradoja de los mitos y metáforas fundantes son como la de los dioses a quienes pretenden sustituir en la hora de la creación: el de su preexistencia. ¿Cuál es el punto cero mitológico? Su mito mismo. Su fuente es lo inconciente, en lo cual están las protofantasías (todo mítico) como nuestra metapsicología de la cual partimos sin embargo.

La antinomia arqueología o mitología tiene todo su valor metafórico por la riqueza de nociones que engendra al afinar el oído del analista para los tonos privilegiantes del lenguaje inconciente, *si no impone opciones*. Señala Szpilka una bifurcación, aunque roe cuesta creer que a su sagacidad se le haya escabullido la inevitable convergencia, para la perplejidad de la arqueología, que al excavar en cimientos “reales” se encuentra cavando en la mitología de los orígenes. Parece el “chiste” de lo real, su retorno a lo mítico, Schliemann partiendo de “La Ilíada” encuentra en el suelo rocoso la “anlehnung” para la verdad de Troya y recrea su mito.

Las antinomias son para la razón la fragua para la forja de nociones que se excluyen para su lógica pero que coexisten sin contradicción en otro lugar. El problema es la interpretación, la lectura en ese palimpsesto donde las ancestrales inscripciones no se borran sino que se sobreponen, no sólo se bifurcan sino que también convergen, dando lugar a múltiples lecturas, si no su-

cumbimos a las argucias de la razón como se nos advierte; seguir la lógica inconciente que es capaz de actuar primero, inscribir después sin borrar nunca y pretende desconocer su propia sintaxis.

Hacer lugar en la teoría para los mitos es impostergable porque infiltran nociones y conceptos procreando entelequias, haciendo surgir entes, los seres fabulosos de los mitos y porque además los mitos responden a todo y lo saben todo, no toleran pregunta sin respuesta, como las religiones e ideologías que crean ilusiones de eterno porvenir, apareándose para dar nacimiento a centauros como la condensación formidable de Teología nacido de Dios padre y de ideología su madre.

En el reclamo de Szpilka por hallar determinaciones prioritarias (pág. 311), si pretende ser algo más que una abstracción teórica puede cobijar un nuevo mito originario, si pretende coronarse de cabeza de serie, en lugar de ser una más, como tantas otras cadenas significantes. Pero de esto está llena nuestra metapsicología, no hay modo de evitarlo puesto que parten de necesidades teóricas pero conllevan la inducción a *creer* en su existencia, al igual que las reverberaciones generan los espejismos del sediento. Son las geometrales de la razón, su punto cero, reclamante del vínculo con lo real del cual son mediatizadores. En nuestra jerga es la función del objeto primario, tras cuya búsqueda empeña el sujeto, lo sabemos, toda su existencia.

Si es cierto que arqueología y mitología pueden encontrarse, sin excluirse necesariamente, -evitaremos encontrarnos en la senda de los arqueólogos que van al Ararat en pos del Arca de Noé para justificar su mito, o buscar el espejo que origina su estadio.

Szpilka busca la *intensión* en el pensamiento analítico ilustrando algunas encrucijadas en las que las direcciones son opuestas netamente. Tal el mojón indicador de la bifurcación falo - pecho. Pero no lo hace para ilustrar (así me pareció) el dilema de nociones tales como objeto vs. significante, sino para reclamar determinismos prioritarios que obturarían diversas inscripciones probables con las que el sujeto inscribe *sus* claves, con lo cual la hermenéutica toda quedaría sobreseída, y con ello la polisemia y la multivocidad simbólica

detenida, lo que paralizaría al sujeto en su estupor frente al objeto primario, *mítico siempre en cualquier interpretación psicoanalítica*, que es precisamente lo que le permite ser falopechófono, por ejemplo. Entreveo el peligro de una jaula, en lugar de la riqueza de los significantes, en las cuales puede morar un nuevo Daimón. Grave tributo para una deuda insalvable, que es lo que se quiere remarcar, que se contrajo con los aportes de Lacan, al desanudar al “objeto”, proteico por su naturaleza, de su amarre anaclítico con el cuerpo para liberarlo a la riqueza inasible por ninguno de sus significantes en su permanente titilar en la senda del deseo. Urge evitar esta nueva acechanza que amenaza estrellar la fertilidad metafórica en su vuelo contra el opaco vidrio de un cuerpo doctrinario por la búsqueda de un nuevo anclaje con la verdad, que los mitos siempre reclaman, pero en realidad comprimen la espiral en su jaula.

Szpilka señala otros mojones cuyas flechas indican caminos opuestos. El maniqueísmo kleiniano, el camino sin retorno de los afectos, que sólo llevan a la biología o a la infatuación del ser real¹, pasándose por alto la castración, y la ruta de la intersubjetividad intemporal, donde el Otro espeja al yo en su ilusoria completud de sujeto. El maniqueísmo kleiniano es un modo de coronar con cabezas de serie (dos pechos, dos manzanas del Bien y del Mal, y que en otro mito son árboles, la disputa por las cabezas es eterna pues), como reclaman todas las series, para dar cuenta de un modo de adquisición de categorías que todo ser humano incorpora: dolor y alegría; -temor y seguridad y todas las cadenas antitéticas posibles. Valen como modo de entender cómo el sujeto inscribe sus claves categoriales, deseados o temidos, en cualquier parte del cuerpo (mítico siempre) propio o ajeno. La castración siempre mítica, nunca real, inscribe otra serie y aun la misma en el bloque maravilloso, tantas como caben en los avatares del sujeto en el proceso de su individuación sexual, que la hermenéutica psicoanalítica aprendió a descifrar en múltiples lecturas. Las opciones, ¿son realmente fatales en la praxis o necesariamente opuestas? ¿Se bifurcan solamente o también se entrecruzan?

Otra pregunta que surge, es la que advierte en la encrucijada de los afectos. ¿Remiten fatalmente a la biología y a los órganos? Freud, que escapé a la trampa médica y a la maraña intrincada fisicalista, vagó no poco buscando una sede para la angustia, en la cual Melanie Klein vislumbró una antropología

psicoanalítica al señalar ciertas emociones básicas como el rescoldo inextinguible en el cual se escuece el ser humano en la búsqueda errática del objeto. ¿Acaso es posible inscripción alguna sin las huellas indelebles de los afectos y sus cicatrices? Quizá lo único importante en todo movimiento es que alguien siente algo, comienzo de cualquier inscripción probable. Freud aprendió y enseñó el modo de escuchar ese discurso y cómo eso habla, para que un sujeto, si se anima a tolerar sus afectos, los oiga en sus propias fantasías inconcientes (modo psicoanalítico de desentrañar las claves míticas)

En la relación bipersonal, donde dos individuos dialogan, hablan muchos. En realidad habla el Otro mítico, no menos que el yo elidido, o suturado, o meramente gramatical. Pero sólo habla si siente, aunque no sepa bien dónde y de qué temor, de muerte o placer fugaz, evanescente. Pero es ahí que descubre sus mitos que nunca cesan de titilar en sus deseos y descubre quizás en múltiples lecturas probables algunas de las claves de sus inscripciones.

La coherencia de una lectura, de una interpretación no es la que nos perturba, nuestra perplejidad se incrementa solamente ante la multiplicidad de textos y de sus lecturas probables. Es más fácil argüir con la razón por qué y cómo se bifurcan algunas sendas en la teoría, que inducirle a aceptar que hay un lugar (topos) donde se encuentran. Quizás debemos aprender a tolerar en nuestras teorías una inflicción de herida narcisística en su mítica perfección. El pensamiento psicoanalítico se ha enriquecido tanto con los aportes de sus distintas vertientes, y Szpilka aporta su grano, pero en el filo de ciertas afirmaciones nacen sus opuestos. Las ostras producen perlas a partir de ciertas molestias, tal vez sea también el modo por el cual el pensamiento analítico ha enhebrado su collar. Pero sentimos aún estorbos en las teorías demasiado conclusivas. Tal vez Szpilka no lo sea tanto como pudo parecerme en mi lectura. De ahí la necesidad de aclarar el pensamiento con lo cual justifico mi apelación. Saldremos todos gananciosos.

Leopoldo Müller

(Montevideo)

DEL CAMINO

[. . .] Pero quiero también aprovechar esta confirmación para expresarle lo excelentes que me parecen estos números de la Revista y felicitarles y agradecerles por su esfuerzo en épocas como ésta.

Es una revista que vive.

Muy cordialmente,

César Merea (Buenos Aires)